

## Carta 2. Eloísa a Abelardo

*Eloísa a Abelardo, su dueño; o mejor, su padre, marido; o más bien, hermano. Ella, su criada; o mejor, su hija; mejor, su hermana*<sup>32</sup>.

Amado mío: Poco ha, cierta persona me trajo casualmente tu carta de consuelo a un amigo. Por la misma dedicatoria me di cuenta, al instante, de que era tuya. Y comencé a leerla con tanta mayor ansiedad cuanto mayor era el cariño con que abrazo al que la escribe, pues si lo perdí a él, sus palabras me lo recrean como si fueran su retrato. Si mal no recuerdo, toda la carta rezumaba hiel y ajenjo, pues reproducía la desdichada historia de mi entrada en religión y los interminables sufrimientos que tú, mi único y solo amor, soportas.

En esa tu carta cumples realmente lo que prometías a tu amigo, pues en comparación con tus penas, las suyas le debieron parecer inexistentes o insignificantes. Comenzabas exponiendo la persecución llevada contra ti por tus maes-

32. *Domino suo, imo patri, conjugii suo, imo fratri; ancilla sua, imo filia; ipsius uxor, imo soror; Abaelardo Heloïssa.* El tono y la forma del saludo de Eloísa -lleno de expresividad amorosa- contrasta con la sobriedad del encabezamiento de las cartas de Abelardo.

tros. Pasabas después a describir la injuria de una suprema traición que acabó con la mutilación de tu cuerpo, para terminar con la envidia y acoso execrable y desmedido de tus condiscípulos y, en particular, de Alberico de Rheims y de Lotulfo de Lombardía<sup>(1)</sup>.

Tampoco dejaste en el tintero sus maquinaciones contra tu gloriosa obra de teología, ni cómo se actuó contra ti, como si se tratara de un condenado en la cárcel. A continuación, pasabas revista a las insidias del abad y de los falsos hermanos, a los infundios levantados contra ti por esos dos falsos apóstoles y propalados por los mismos rivales. Tampoco pasabas por alto el haberte convertido en escándalo para mucha gente por el simple hecho de haber dedicado al Paráclito el oratorio, en contra de la costumbre. Y así llegaste finalmente a la triste historia de las continuas e intolerables persecuciones a manos de aquel tirano y de aquellos desalmados monjes a quienes llamas tus hijos.

Pienso que nadie podrá leer u oír estas cosas sin derramar lágrimas. Por lo que a mí respecta, tu carta –tan cuidadosa en todos sus detalles– ha renovado mis dolores y, si cabe, los ha aumentado, ya que declaras que tus peligros continúan. Todas nosotras seguimos pendientes de tu vida –al borde mismo de la desesperación– hasta el punto de esperar todos los días la noticia fatal de tu muerte entre sobresaltos del corazón.

En nombre, pues, de Cristo, que todavía te sigue protegiendo de alguna forma para Él, te pido que me escribas tan pronto como lo creas conveniente para nosotras que somos tus siervas y tuyas, y nos digas algo de los naufragios en que todavía fluctúas. Haz partícipes de tus dolores y alegrías, al menos, a aquellas que te han permanecido fieles.

Saber que nuestro dolor es compartido por alguien, siempre proporciona cierto consuelo. Y toda carga llevada por muchos se soporta o se sobrelleva mejor. Y si esta tormenta

(1) Véase *Historia Calamitatum*, p. 61.

ha amainado un tanto, razón de más para que nos envíes una carta que nos llenará de alegría. Todo lo que escribas nos servirá de un gran consuelo, pues será al menos una prueba de que piensas en nosotras. Las cartas de los amigos ausentes siempre son bien recibidas. El mismo Séneca nos da buena muestra de ello cuando escribe este pasaje en una carta a su amigo Lucilio<sup>33</sup>:

«Te agradezco tus frecuentes cartas, pues es la única manera de hacerme sentir tu presencia. Siempre que las recibo tengo el íntimo sentimiento de que estamos juntos. Si los retratos de los amigos hacen más agradable la ausencia –renovando nuestros recuerdos comunes y haciendo más llevadero el dolor de la separación– aunque tal consuelo sea falso e inane, ¿cuánto más gratas no serán las cartas que nos traen noticias verdaderas de los amigos?».

Gracias a Dios, ya ninguna envidia te impide devolvernos tu amistad, aunque sólo sea por carta. Y, si ya ninguna dificultad te lo impide, te ruego que la negligencia no te detenga. Escribiste una carta de consolación a un amigo, inspirada, sin duda, en sus desgracias, que más bien era sobre las tuyas. Y al recordarlas con tanto detalle, quisiste ofrecerle consuelo, pero, al mismo tiempo, me colmaste a mí de desolación. Pues al intentar curar sus heridas, me hiciste a mí otras nuevas y aumentaste las viejas. Te pido, pues, a ti, que intentaste curar las heridas que hicieron otros, que cures ahora las que tú has hecho. Cumpliste con un amigo y colega, dándole amistad y compañía. Pero piensa que estás más obligado con nosotras que somos amigas, e íntimas amigas, tuyas y a quienes se puede llamar, más que compañeras, hijas o cualquier otro nombre más dulce y santo que se pueda imaginar. Nadie puede ponerlo en duda, y no se necesitan

33. Séneca, *Cartas a Lucilio*, 40,1. Son frecuentes las alusiones y citas de autores clásicos paganos en ésta y en otras cartas de Eloísa. Los autores más frecuentes son Séneca, Ovidio, Cicerón, Lucano, Propertio y Juvenal.

pruebas y testigos para demostrar lo obligado que estás hacia nosotras. Aunque todo el mundo callara, los hechos mismos gritarían<sup>(1)</sup>. Después de Dios, tú eres el único fundador de este lugar, tú el único constructor de este oratorio, tú el único creador de esta comunidad. Nada hay que haya sido edificado sobre los fundamentos de otros hombres<sup>(2)</sup>. Todo lo que hay aquí es creación tuya. Esta soledad sólo estaba abierta a las fieras y a los ladrones; en ella no había ni casa, ni refugio para los hombres. En los mismos cubiles de las fieras y en las guaridas de ladrones –donde ni siquiera se suele nombrar a Dios– levantaste un tabernáculo sagrado y dedicaste un templo propio del Espíritu Santo. Para edificarlo no pediste a los reyes y príncipes ningún dinero o ayuda –pudiendo conseguir cuanto hubieras pedido– y lo hiciste para que todo pudiera estar adscrito a tu nombre. Los clérigos y estudiantes que acudieron en tropel a acogerse a tu disciplina te proporcionaban lo necesario. Y aquellos que vivían de algún beneficio eclesiástico y que no estaban acostumbrados a hacer donaciones, sino a aceptarlas –y que tenían manos, no para dar, sino para recibir– aquí se convertían en pródigos y manirroto a la hora de hacer donaciones.

Tuya es, pues, y muy tuya, esta nueva plantación, nacida de un santo propósito, cuyas tiernas plantas necesitan todavía para crecer de un frecuente y necesario riego. Por la misma naturaleza del sexo femenino, esta plantación es débil y delicada, aunque no fuera nueva. Por lo mismo, exige un cuidado y atención más frecuente, según aquello del Apóstol<sup>(3)</sup>: «Yo planté, Apolo regó, pero Dios lo hizo crecer». El Apóstol había fundado por la doctrina de su predicación a los corintios, a quienes escribía. Su discípulo Apolo los había regado con sus exhortaciones, dejando a la gracia divina el incremento de sus virtudes. Cultivas una viña nacida de otras cepas que tú no plantaste y que se ha convertido en

(1) Cicerón, *In Catilinam*, 1.8. (2) Rom 15, 20. (3) 1 Cor 3, 6.

amargura para ti<sup>(1)</sup>, después de que tus exhortaciones han terminado en un fracaso y tus predicaciones han resultado vanas. Pones tus cuidados en una viña extraña. Piensa si no te debes a la tuya propia. Enseñas y corriges a los rebeldes y no consigues nada. Estás desparramando, en vano, las perlas de la palabra divina a los puercos<sup>(2)</sup>. Si arriesgas tanto por los rebeldes, piensa y reconsidera lo que debes hacer por los que te obedecen. Recapacita en lo que debes a las hijas, cuando de esa manera despilfarras con los enemigos. Y, dejando a un lado las demás cosas, piensa en qué forma tan particular me eres deudor. Si te debes al común de las mujeres piadosas, justo es que me pagues a mí con más dedicación, pues soy sólo tuya.

Tu gran sabiduría conoce mejor que mis pobres conocimientos, los muchos y grandes tratados que los santos Padres escribieron para doctrina, exhortación y consuelo de santas mujeres, poniendo en ello todo cuidado y diligencia. Por eso, en los primeros y ya lejanos días de mi conversión, mi sorpresa y confusión no fueron pequeñas al ver que ni la reverencia a Dios ni el amor mutuo, ni el ejemplo de los santos Padres te movió a intentar consolar a quien, como yo, fluctuaba en un mar de tristeza, ya fuera por palabra directa, cuando estaba contigo, ya por carta<sup>34</sup>. Has de saber que te encuentras obligado a mí por un lazo tanto más fuerte, cuanto más estrecha es la unión del sacramento nupcial que nos une. Lo que te hace tan cercano a mí, como es patente a todos por el amor sin límites con que siempre te amé.

Tú sabes, amado mío –y todos saben también– lo mucho que he perdido al perderte a ti. Y cómo la mala fortuna –valiéndose de la mayor y por todos conocida traición– me

34. Una de las quejas más amargas de Eloísa a Abelardo. Se queja del abandono en que quedó después de la separación de su esposo. Véase *Historia Calamitatum*, p. 50.

(1) Jr 2, 21. (2) Mt 7, 8.

robó mi mismo ser al hurtarme de ti. Y sabes, también, cómo mi dolor por mí es incomparablemente menor, por la forma en que se realizó. Así pues, cuanto mayor es la causa del dolor, mayores remedios se han de poner para llevar el consuelo. No ciertamente por ningún otro, sino por ti mismo. Si tú sólo eres la causa del dolor, también has de ser tú sólo para darme la gracia del consuelo. Tú eres el único capaz de entristecerme y también el único que puede traerme la alegría o la confortación. Tú sólo tienes tan gran deuda que pagarme, precisamente en el momento en que estoy dispuesta a realizar lo que mandes, pues no pudiendo ofenderte en nada, estaría dispuesta –si tú me lo mandas– a perderme a mí misma. Hay todavía más –aunque extrañe decirlo–. El amor me llevó a tal locura, que me arrebató lo que más quería y sin esperanza de recuperarlo, pues obedeciendo al instante tu mandato, cambié mi hábito junto con mi pensamiento. Quería demostrarte con ello que tú eras el único dueño de mi cuerpo y de mi voluntad.

Dios sabe que nunca busqué en ti nada más que a ti mismo. Te quería simplemente a ti, no a tus cosas. No esperaba los beneficios del matrimonio, ni dote alguna. Finalmente, nunca busqué satisfacer mis caprichos y deseos, sino –como tú sabes– los tuyos. El nombre de esposa parece ser más santo y más vinculante, pero para mí la palabra más dulce es la de amiga y, si no te molesta, la de concubina o meretriz. Tan convencida estaba de que cuanto más me humillara por ti, más grata sería a tus ojos y también causaría menos daño al brillo de tu gloria.

Tú mismo no te olvidaste del todo de estas pruebas en la carta de consuelo al amigo, a la que me he referido un poco más arriba. En ella no juzgaste indigno exponer algunas razones que yo te daba para disuadirte de un matrimonio desgraciado. Pero dejaste en el tintero la mayoría de los argumentos que yo te di y en los que prefería el amor al matrimonio y la libertad al vínculo conyugal. Dios me es tes-

tigo de que, si Augusto –emperador del mundo entero– quisiera honrarme con el matrimonio y me diera la posesión, de por vida, de toda la tierra, sería para mí más honroso y preferiría ser llamada tu ramera, que su emperatriz.

No es más digno un hombre por ser más rico o más poderoso. Esto depende de la fortuna, aquello de la virtud. La mujer ha de comprender que si se casa con más alegría con un hombre rico que con un hombre pobre y quiere a su marido más por sus cosas que por él mismo, está mostrando ser una mercancía. Cualquiera mujer que va al matrimonio con esta concupiscencia merece un sueldo, no gratitud. Se sabe que persigue las cosas, no al hombre y, si pudiera, se vendería al más rico. Así de claro aparece en el diálogo del socrático Esquines<sup>35</sup> entre Aspasia, Jenofonte y su esposa. Después de haber expuesto la primera sus razones y –con ánimo de llegar a una reconciliación entre ellos– termina con estas palabras: «Si os convencéis de que no hay en la tierra hombre mejor ni mujer más digna que vosotros dos, buscaréis siempre lo que juzguéis lo mejor de todo: ser el marido de la mujer de las mujeres y la mujer del mejor de los maridos».

Más que de un filósofo son estas palabras de un santo. Más que de la filosofía, son fruto de sabiduría, un santo error y una bendita mentira que se da entre casados, cuando el perfecto amor puede mantener los lazos íntimos del matrimonio, no tanto a través de la continencia del cuerpo como de la castidad del espíritu. Lo que el error hacía creer a las demás mujeres, a mí me lo decía la misma verdad, pues lo que ellas decían de sus maridos, todo el mundo creía y sabía que era cierto de ti. Mi amor por ti, entonces, era tanto más verdadero cuanto más lejos estaba del error. ¿Qué rey o filósofo podía competir en fama contigo? ¿Qué región, ciudad o aldea

35. *Esquines*. Discípulo de Sócrates. No parece que Eloísa supiera el griego como para leer los textos clásicos. La anécdota está tomada de Cicerón. *De Inventione* 1.31.

no tenía ansias de verte? ¿Quién no se precipitaba a verte cuando aparecías en público, o quién, puesto de puntillas, no te seguía mirando cuando marchabas? ¿Qué casada o qué virgen no ardía en deseos del ausente y se quemaba con tu presencia? ¿Qué reina o gran mujer no envidiaría mis placeres y mi cama?

Tenías –he de confesarlo– dos cualidades especiales que podían deslumbrar al instante el corazón de cualquier mujer: la gracia de hacer versos y de cantar, cosa que no vemos floreciera en otros filósofos. Compusiste muchos poemas amatorios por su ritmo y medida, como simple diversión a tu profesión de filósofo. Pronto consiguieron la popularidad, merced al embrujo de sus palabras y melodías. Se oían por todas partes y tu nombre estaba, incesantemente, en labios de todos. Lo pegadizo de tu melodía hizo que ni siquiera los analfabetos desconocieran tu nombre. Fue esto, sin duda, lo que más suscitó el amor de las mujeres por ti. Y comoquiera que la mayor parte de las canciones hablaban de nuestro amor, pronto dieron a conocer mi nombre en muchas regiones, suscitando la envidia de muchas mujeres sobre mí. Pues, ¿qué clase de bien del alma o del cuerpo dejaba de adornar tu adolescencia? ¿Y entre las mujeres que me envidiaban entonces, podía haber ahora alguna que no se moviera a compasión por mi desgracia o a compadecerme por la pérdida de tales goces? ¿Qué hombre o mujer que fuera entonces mi enemigo no se movería ahora a compasión por mí?

Te hice mucho mal, mucho. Pero tú mismo sabes que soy inocente. No es la obra, sino la intención del agente, lo que constituye el crimen. Tampoco lo que se hace, sino el espíritu con que se hace, es lo que tiene en cuenta la justicia<sup>36</sup>. Tú

36. Expresa en este punto la doctrina de Abelardo sobre los actos interiores o «ética de la pura intención». Cf. *Ethica o Scito te ipsum*, la obra de ética de Abelardo, c. XII ss. Ver *Conócete a ti mismo*, traducción de Pedro R. Santidrián, Tecnos, Madrid, 1990.



eres el único que sabes, y puedes juzgar, cuál ha sido siempre mi intención hacia ti. Todo lo someto a tu juicio y me entrego totalmente a tu veredicto.

Dime tan sólo una cosa, si es que puedes. ¿Por qué –después de mi entrada en religión, que tú decidiste por mí– he caído en tanto desprecio y olvido por tu parte, que, ni siquiera te dignas dirigirme una palabra de aliento cuando estás presente, ni una carta de consuelo en tu ausencia? Dímelo, si eres capaz, o yo te diré lo que pienso y lo que de verdad todos sospechan. Te unió a mí la concupiscencia más que la amistad, el fuego de la pasión más que el amor. Cuando terminó lo que deseabas, se esfumaron también todas sus manifestaciones. Querido, ésta no es sólo una opinión mía. Todos piensan así: es una opinión general, no personal; pública, no privada. Me gustaría que sólo fuera mía y que el amor que me tuviste sirviera de excusa para que encontraras a alguien que pudiera mitigar mi dolor. Ojalá pudiera fingir ocasiones que me permitieran excusarte, al tiempo que, de algún modo, encubrieran mi vileza.

Escucha, por favor, lo que te pido: es cosa insignificante y fácil de hacer por tu parte. Ya que me niegas tu presencia, dame, al menos, la dulzura de tu imagen, siquiera a través de tus palabras, tan abundantes, por otra parte, en ti. No puedo esperar que seas generoso conmigo en tus obras, si veo que eres tan avaro en las palabras. Hasta ahora me las había prometido muy felices esperando muchísimo de tu parte, pues todo lo hice pensando en ti e incluso ahora me mantengo en esta misma entrega a ti. No fue la vocación religiosa la que arrastró a esta jovencita a la austeridad de la vida monástica, sino tu mandato. Puedes juzgar por ti mismo lo inútil de mi trabajo, si no puedo esperar algo de ti. Por esto no debo esperar nada de Dios, pues todavía no tengo conciencia de haber hecho nada por su amor. Te seguí a tomar el hábito cuando tú corrías hacia Dios, incluso te me

adelantaste. Pensando quizá en la mujer de Lot<sup>(1)</sup> que se volvió a mirar atrás, tú mismo me pusiste el velo y tomaste mis votos monásticos antes de entregarme tú mismo a Dios.

Este acto de desconfianza tuya hacia mí –lo confieso– me causó vehemente dolor y vergüenza. Dios sabe que yo nunca dudé en precederte o en seguirte hasta las llamas del Infierno<sup>37</sup> si tú te precipitabas o tú me lo mandabas. Mi alma no estaba en mí, sino contigo. Y ahora mismo, si no está contigo no está en ninguna parte. Tan verdad es, que sin ti no puede existir. Haz, pues, que se encuentre bien contigo, te lo suplico. Y estaría bien si te encuentra propicio, si devuelves favor por favor<sup>(2)</sup>, poco por mucho, palabras por obras. Ojalá, querido mío, confiaras menos en mi amor, para que así fuera más solícito. Pero cuanto más seguro te sabes, más negligente te encuentro.

Acuérdate –te lo suplico– de todo lo que he hecho por ti y piensa lo mucho que me debes. Mientras gocé contigo de las delicias de la carne, muchos no sabían a qué atenerse, si obraba por lujuria o por amor. Ahora, el final está demostrando la intención del principio. Me he negado toda clase de placeres para hacer tu voluntad. No me he reservado nada, sino probarte que así soy ahora más tuya. Pondera tu injusticia: das menos a la que sufre más. Qué digo: no le das nada, máxime cuando lo que se te pide es poca cosa y para ti muy fácil.

Así pues, te pido por Dios a quien te has entregado, que me devuelvas tu presencia de la forma que sea. Escríbeme, al menos, una carta de consuelo, para que de esta manera me sienta confortada y recreada con el favor divino. Cuando en otro tiempo buscabas en mí las delicias del cuerpo me visitabas con cartas frecuentes. Tus canciones ponían a tu Eloísa

37. *Vulcania loca*. Término para designar el Infierno o Tártaro. Literalmente, regiones de Vulcano.

(1) Gn 19, 26. (2) Jn 1, 16.

en labios de todos. Todas las calles y casas repetían mi nombre. ¡Con cuánta más razón me elevarían ahora hacia Dios que antes a la lujuria! Considera –te lo suplico– lo que me debes; no te hagas sordo a lo que pido. Y termino mi larga carta con un final breve: Adiós, mi único amor.

### Carta 3 Abelardo a Eloísa

*A Eloísa, su querida hermana en Cristo, Abelardo, su hermano en Cristo*<sup>38</sup>.

Si, después de nuestra conversión a Dios, no te he escrito una palabra de consuelo o exhortación, no debes imputarlo tanto a mi indiferencia cuanto a tu buen sentido en el que siempre he confiado. No creí que necesitara de tales palabras quien tan pródigamente ha sido dotada de lo necesario por la divina gracia. Estás, en efecto, capacitada para enseñar a los que yerran, consolar a los pusilánimes y exhortar a los vacilantes tanto de palabra como de obra, tal como lo has venido haciendo desde que fuiste priora a las órdenes de tu abadesa. Por eso, el hecho de atender ahora a tus hijas, como antes a tus hermanas, fue suficiente para hacerme creer que toda enseñanza o exhortación por mi parte era totalmente superflua.

38. *Heloissae dilectissimae sorori suae in Christo Abaelardus frater ejus in ipso*. En esta y siguientes cartas de Abelardo a Eloísa se advierte una forma de saludo un tanto frío. Aquí la llama «hermana en Cristo» en manifiesta diferencia con el saludo de la primera carta de Eloísa.

Si, por otra parte, en tu humildad no piensas así y crees que necesitas de mi instrucción y magisterio en materias relativas a Dios, puedes escribirme lo que quieras. Trataré de contestar como el Señor me dé a entender. Mientras tanto doy gracias a Dios por haber llenado vuestros corazones de solicitud por mis incesantes y gravísimos peligros, haciéndoos partícipes de mi aflicción. Ojalá que la divina Providencia me proteja merced a vuestras oraciones y aplaste en seguida a Satanás bajo nuestros pies. Para este fin particular me apresuré a enviarte el *Salterio*, que con tanta insistencia me habías pedido, hermana mía, un tiempo querida en el mundo y ahora queridísima en Cristo. Con él podrás ofrecer al Señor un sacrificio perpetuo de oraciones por mis grandes y muchos excesos y por los peligros que constantemente me amenazan.

Tenemos, en efecto, muchos ejemplos y testimonios del favor ante Dios y los santos de las oraciones de los fieles, y sobre todo de las mujeres por sus amigos y por sus maridos. A esto se refiere el Apóstol cuando nos manda rezar continuamente<sup>(1)</sup>. Leemos que Dios dijo a Moisés<sup>(2)</sup>: «Deja que se desfogue mi cólera». Y a Jeremías: «No reces –le dice– por este pueblo, ni te pongas en mi camino». De estos textos deducimos que el Señor confiesa abiertamente que la oración de los santos sirve como de freno a su cólera, que le impide castigar a los pecadores según lo merecen. Lo mismo que aquél a quien su sentido de la justicia le lleva a la venganza y a quien doblega la intercesión de los amigos y que, contra su voluntad, es impedido como una fuerza superior. Así se dice al que ora o al que habrá de rezar: «Déjame solo, y no te pongas en mi camino»<sup>(3)</sup>. El Señor manda que no se ore por los impíos. Ora el justo –prohibiéndoselo el Señor– y consigue de Él lo que le pide y cambia la sentencia del juez airado. En este sentido, continúa diciendo Moisés<sup>(4)</sup>: «Y el Señor se

(1) Tes 5, 16. (2) Ex 32, 10. (3) Jr 7, 16. (4) Ex 32, 14.

arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo». En otro sitio está escrito de todas las obras de Dios<sup>(1)</sup>: «Dijo y se hicieron todas las cosas». En este lugar, en cambio, se recuerda lo que había dicho sobre el castigo del pueblo y cómo, influido por el poder de la oración, no llevó a cabo su promesa.

Medita, pues, en el gran poder de la oración –si es que caminamos como se nos manda– y advierte cómo el profeta, a quien Dios prohibió la intercesión, consiguió, no obstante, con ella hacer cambiar a Dios de su propósito. Y otro profeta le dice a Dios<sup>(2)</sup>: «En tu ira, acuérdate de la compasión». Óiganlo y ténganlo en cuenta los poderosos de la tierra que se muestran obstinados, más que justos, a la hora de ejecutar la justicia que han decretado y pronunciado. Se avergüenzan de aparecer laxos, si ejercen la misericordia, y mentirosos si cambian su edicto o no cumplen una decisión tomada sin mayor prudencia, aun cuando puedan enmendar sus palabras con hechos. Yo compararía a tales hombres con Jephtha, quien hizo un voto estúpido y al cumplirlo obró más estúpidamente, matando a su única hija<sup>(3)</sup>. Pero quien desea ser miembro de su cuerpo<sup>(4)</sup> dice con el Salmista<sup>(5)</sup>: «Cantaré tu misericordia y tu justicia oh Señor». La misericordia –como está escrito– exalta la justicia, según lo que la Escritura misma dice en otro lugar: «Juicio sin misericordia para aquel que no ejerce la misericordia»<sup>(6)</sup>.

El mismo Salmista, considerando atentamente esto, ante la súplica que le hizo la mujer de Nabal del Monte Carmelo, rompió –llevado de misericordia– el juramento que en justicia había hecho, relativo a su marido y a la destrucción de su casa<sup>(7)</sup>. Antepuso las súplicas a la justicia y la súplica de la mujer borró la falta del marido.

(1) Sal 33, 9. (2) Hab 3, 2. (3) Jue 11, 30 ss. (4) Ef 5, 30. (5) Sal 101, 1. (6) Sant 2, 13. (7) 1 Sam 25, 32 ss.

Aquí tienes un ejemplo, hermana, y una seguridad para ti. Debes saber que si el ruego de esta mujer consiguió tanto de un hombre, ¿qué no serán capaces de conseguir tus oraciones a Dios por mí? Pues Dios que es nuestro padre ama más a sus hijos que David a la mujer suplicante. Él era tenido por bueno y misericordioso, pero Dios es la misma bondad y misericordia. Y aquella mujer que suplicaba, era una mujer cualquiera del mundo, para nada unida a Dios por los lazos de la profesión religiosa. Pero si tú no crees tener méritos suficientes para interceder, conseguirá lo que tú no puedes, ese santo cenobio de vírgenes y viudas que está contigo. Pues cuando la verdad dice a los Apóstoles<sup>(1)</sup>: «Donde hay dos o tres congregados en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos»; y cuando dice en otro lugar<sup>(2)</sup>: «Si dos de vosotros estáis de acuerdo en todo lo que pedías, mi Padre lo hará», ¿qué no conseguirá de Dios la oración frecuente de una comunidad santa? Si, como dice Santiago<sup>(3)</sup>: «la oración asidua del justo tiene mucha fuerza», ¿qué no habrá que esperar de una comunidad numerosa?

Tú sabes, carísima hermana, por la lectura de la Homilía XXXVIII de San Gregorio<sup>(4)</sup> con qué fuerza la oración de los hermanos atrajo a un hermano que se resistía y oponía. Conoces con todo detalle, y no escapa a tu conocimiento, el caso de aquel hermano que estaba sumido en la más absoluta miseria, el miedo de perderse que atormentaba a su pobre alma, la total desesperación y tedio de la vida que le llevaba a apartar a sus hermanos de la oración.

Ojalá que este ejemplo te dé a ti y a esa santa comunidad de hermanas una mayor confianza en la oración. A mí me guardará vivo para vosotras aquél por quien –según atestigua San Pablo<sup>(5)</sup>– las mujeres recibieron a sus muertos vueltos a la vida. Si repasas las páginas tanto del Antiguo Testa-

(1) Mt 18, 20. (2) Mt 18, 19. (3) Sant 5, 16. (4) San Gregorio, *Homilias*. (5) Hb 11, 35.

mento, como del Nuevo, podrás ver que los máximos milagros de la resurrección sólo, o principalmente, fueron presenciados por las mujeres, que fueron hechos para ellas o con ellas. El AT nos recuerda que dos hombres volvieron a la vida mediante las súplicas de sus madres, es decir, por Elías y Eliseo<sup>(1)</sup>. El Evangelio sólo contiene tres resurrecciones hechas por el Señor. Las tres, hechas en presencia de mujeres, confirman por sí mismas las palabras del Apóstol citadas arriba<sup>(2)</sup>: «las mujeres recibieron a sus muertos vueltos a la vida». Jesús compadecido devolvió el hijo a su madre viuda a las puertas de la ciudad<sup>(3)</sup>. Resucitó a Lázaro, su amigo, a ruegos de sus hermanas, Marta y María<sup>(4)</sup>. Y cuando hizo este único favor a la hija del jefe de la sinagoga a petición de su padre<sup>(5)</sup>, «nuevamente las mujeres recibieron sus muertos vueltos a la vida», pues volviendo a vivir recibió su propio cuerpo de la muerte, lo mismo que las otras mujeres recibieron los cuerpos de sus muertos.

Y pienso que estas resurrecciones fueron hechas por la intervención de unos pocos. La conservación de mi vida la conseguirán fácilmente las múltiples oraciones de vuestra piedad. Cuanto más agraden a Dios la abstinencia y continencia de unas mujeres consagradas a él, con mayor agrado atenderá sus oraciones. Añádese a esto que, posiblemente, la mayoría de estos resucitados de entre los muertos no tenían fe, pues no consta que la viuda mencionada arriba –a cuyo hijo resucitó el Señor– fuese fiel. Pero, en nuestro caso, estamos mutuamente obligados por la integridad de nuestra fe y unidos en la común profesión de la vida religiosa.

Permíteme que, ahora –dejando a un lado el santo convento de vuestra comunidad en que tantas vírgenes y viudas se dedican de forma constante al servicio de Dios– me dirija a ti sola. Estoy seguro de que tu santidad será eficazísima a

(1) 1 Re 17, 17 ss. (2) 2 Re 4, 32 ss. (3) Lc 7, 15. (4) Jn 11, 1 ss. (5) Mc 5, 22 ss.



los ojos de Dios. Pienso, además, que estás obligada a hacer todo lo posible por mí, especialmente ahora que me encuentro en tan gran adversidad. Acuérdate, pues, en tus oraciones de aquel que es especialmente tuyo. Y debes mantenerte en la oración con tanta más confianza, cuanto más justa crees que es mi causa y, por lo mismo, más aceptable a Aquel a quien suplicas. Estate atenta –te lo pido– con el oído del corazón, a lo que con tanta frecuencia has oído con los oídos del cuerpo. En el libro de los Proverbios se escribe<sup>(1)</sup>: «La mujer diligente es la corona de su marido». Y en otro lugar<sup>(2)</sup>: «El que encuentra a una mujer buena, encuentra un tesoro y conseguirá el favor del Señor». Y más adelante<sup>(3)</sup>: «La casa y las riquezas se heredan de los padres, pero la mujer prudente es don de Dios». También en el Eclesiástico se dice<sup>(4)</sup>: «Una buena mujer hace feliz al hombre». Y a continuación: «Buena herencia es una mujer buena»<sup>(5)</sup>. Todo ello queda confirmado por la autoridad del Apóstol<sup>(6)</sup>: «El marido infiel queda santificado por una mujer fiel».

Ejemplo de esto lo tenemos –por la gracia de Dios– en nuestro propio reino, es decir, de los Francos. Sabido es que el rey Clodoveo se convirtió a la fe cristiana más por las oraciones de su esposa que por la predicación de las personas santas. Su reino quedó, desde entonces, sometido a las leyes de Dios para que los humildes se animaran a perseverar en la oración por ejemplo de sus superiores. A esta imitación nos invita con fuerza aquella parábola del Señor<sup>(7)</sup>: «Os digo que acabará por levantarse y darle lo que necesita si no por ser amigos, al menos para liberarse de su importunidad». Por esta importunidad, llamémosla así, Moisés aplacó –como ya dije– la severidad de la justicia divina y cambió la sentencia.

No necesito recordarte, querida mía, la inmensa caridad que vuestro convento demostró hacia mi persona en sus

(1) Pr 12, 4. (2) Pr 18, 22. (3) Pr 19, 4. (4) Eclo 26, 1. (5) Eclo 26, 31. (6) 1 Cor 7, 14. (7) Lc 11, 8.

oraciones cuando estuve ahí. Todos los días, en efecto, después del rezo de horas dedicó una súplica especial interesándose por mí. Comenzaba con un responsorio y versículo cantados, a los que se añadían las preces y la oración común (colecta). De esta manera:

*Responso:* «No te alejes ni te apartes de mí, Señor»<sup>(1)</sup>.

*Versículo:* «Señor, ven siempre en mi ayuda».

*Preces:* Salva a tu siervo, Dios mío, que espera en Ti.

Señor, escucha mi oración. Que mi clamor llegue a ti<sup>(2)</sup>.

*Oremos:* Oh Dios, que por medio de tu humilde siervo te dignaste congregar en tu nombre a estas tus esclavas, te rogamos que tanto él como nosotras podamos perseverar en tu voluntad. Por Nuestro Señor,... etc.

Estando yo ahora ausente necesito más de la ayuda de vuestras oraciones, cuanto mayor es el peligro de que me veo rodeado. Al suplicar pido y pidiendo suplico –sobre todo ahora en mi ausencia– que yo pueda experimentar lo verdadera que es vuestra caridad para con el ausente. En consecuencia, una vez terminado el rezo de horas añadiréis esta fórmula:

*Verso:* «Coge el arma y el escudo y levántate en mi ayuda. Que no se alegre mi enemigo»<sup>(3)</sup>.

*Preces:* Salva a tu siervo, Dios mío, que espera en Ti.

Envíale tu santo auxilio y defiéndele desde Sión. Sé para él como una torre fuerte que le libre del enemigo. Escucha mi oración, Señor, y llegue a Ti mi clamor<sup>(4)</sup>.

*Oremos:* Oh Dios, que por medio de tu siervo te dignaste congregar a estas tus esclavas, te pedimos que le libres de toda adversidad y le devuelvas incólume a tus siervas. Por Nuestro Señor..., etc.

Pero, si el Señor me entregare en mano de mis enemigos, es decir, si llegan a matarme o de cualquier otra manera –siguiendo el camino de toda carne– me veo alejado de voso-

(1) Sal 38, 21. (2) Sal 70, 1. (3) Sal 102, 1; Sal 35, 2. (4) Sal 70, 1.

tras, os pido que mi cadáver –donde quiera que se halle, enterrado o sin enterrar– lo hagáis traer a vuestro cementerio, para que en él nuestras hijas o mejor nuestras hermanas en Cristo, puedan ver mi tumba y así se vean invitadas a dirigir sus oraciones al Señor por mí. Pienso que no puede haber un lugar más saludable y seguro para mi alma, que se duele y está desolada por el error de sus pecados, que el que está dedicado al verdadero Paráclito, esto es, consolador, y particularmente señalado por su nombre. También creo que no puede haber un lugar más adecuado para una sepultura cristiana entre los fieles que uno entre mujeres dedicadas a Cristo. Fueron mujeres las que se encargaron del sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, adelantándose y siguiéndole, comprando ungüentos preciosos<sup>(1)</sup>, permaneciendo vigilantes ante la tumba y llorando la muerte del esposo. Así lo encontramos escrito: «Las mujeres sentadas ante la tumba lloraban y se lamentaban por el Señor»<sup>39</sup>.

Fue allí también donde, por primera vez, quedaron convencidas de la resurrección del Señor por la aparición de un ángel y las palabras que les dirigió. Posteriormente fueron consideradas dignas de gozar de su resurrección cuando se les apareció dos veces, y de tocarle con sus manos<sup>(2)</sup>.

Finalmente, lo que por encima de todo os pido es que si ahora estáis demasiado afligidas por el peligro de mi cuerpo, entonces os mostréis especialmente solícitas de la salvación de mi alma. Debéis mostrar al difunto el amor que manifestasteis al vivo, a través del apoyo especial y particular de vuestras oraciones.

Vive y que os vaya bien a ti y a tus hermanas que están contigo.

Vivid, pero acordaos de mí –os lo suplico– en Cristo.

39. Texto no del Evangelio sino de la Antifona del Breviario Romano del Sábado Santo.

(1) Mc 16, 1. (2) Jn 20, 17.